

El impacto sociológico del coronavirus en las democracias occidentales

Por **Álvaro Pavón González**¹

Recibido el 23 de marzo de 2020

Aceptado el 1 de septiembre 2020

RESUMEN: En el presente artículo pretendemos abordar una cuestión de candente actualidad, a saber, la crisis del coronavirus y las repercusiones de esta en ámbitos tan diversos como la sociología, la teoría del estado o la filosofía. También analizaremos las respuestas que ante esta crisis han ido sucediéndose por parte de los diferentes estados occidentales y (neo) liberales, poniendo especial interés en la comparativa entre las medidas de España y las de Reino Unido; entendiendo que esta crisis, sin precedentes en la historia reciente europea, transformará fuertemente la manera de entender el mundo de aquellos ciudadanos cuyos países se hayan visto más afectados por esta pandemia, además de que dicha situación se nos presenta como una ocasión idónea para problematizar, de manera crítica, una gran cantidad de ítems que, desde nuestra situación histórica, fruto de las privilegiadas condiciones de vida que nuestra sociedad nos brinda (y que hace solo unas décadas eran inimaginables), presuponíamos como obvias o de carácter indestructible, y que, solo pasado el tiempo suficiente tras esta crisis como para realizar un análisis adecuado de sus repercusiones, podremos entender como aseguradas o, por el contrario, simplemente eliminadas. Traeremos a colación, por tanto, una reflexión en torno al estado de derecho, la sanidad pública o el sistema de valores (entre otros) que actualmente rigen nuestro mundo.

PALABRAS CLAVE: coronavirus, estado de excepción, liberalismo, crisis, Occidente.

¹ Graduando de cuarto curso de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7120-9130>. Contacto: alvapavo@ucm.es.

ABSTRACT: The aim of the article is to address a highly topical matter, namely the coronavirus crisis and its repercussions in diverse fields, such as sociology, philosophy or the theory of state. The crisis responses that have emerged in the western and (neo)liberal governments will also be analysed, giving specific emphasis on comparing the Spanish and British control measures; considering that this crisis, unprecedented in the recent European Union history, may definitely change the ways of understanding the world, especially for those who are from the most severely affected countries by the pandemic. This situation may also offer a perfect opportunity for problematize, from our present historic position (referring to a society which is characterised by privileges and good life conditions), alot of principles that are assumed to be obvious or indestructible. Thus, in this respect, once this crisis is over and its repercussion analysed, it will be finally able to determine whether those principles will remain assured or, on the other hand, they will be removed. Therefore, a reflection about rule of law, healthcare or the value system that run our world will be alluded.

KEYWORDS: coronavirus, state of emergency, liberalism, crisis, western..

INTRODUCCIÓN

Carl Schmitt inicia su Teología política con la siguiente sentencia: “Soberano es quien decide sobre el estado de excepción” (C. Schmitt, 2009: 13). No hay duda de que el estado de excepción (o más bien alarma) que se vive en todo el mundo debido al COVID-19 y que asola especialmente Italia y España desde principios del mes de marzo, no tiene parangón en el viejo continente desde, seguramente, 1945. A la sazón de esta dramática situación se han sucedido una gran cantidad de reacciones con respecto a la cuestión que en este texto pretendemos abordar, a saber, la manera de afrontar una crisis internacional de tal calado por parte de los estados occidentales y la forma en que la sociedad en general y los distintos gobiernos de Occidente en particular están gestionando la pandemia iniciada en China.

Debido al exponencial aumento de contagios y defunciones que sufre nuestro país, no tiene demasiado sentido dar una cifra que se pretenda como exacta o tan siquiera aproximada, en tanto que, por desgracia, apenas unas horas después de consultar cualquier medio de información que dé cuenta de los estragos causados por tal pandemia, dichos datos estarán ya desfasados y se situarán muy por debajo de los números manejados por las autoridades en ese momento. Una situación de tal calado ha producido, como era

de esperar, un sinfín de consecuencias materiales negativas, tales como desabastecimiento, histeria colectiva o la imposibilidad por parte de nuestro sistema sanitario de hacer frente al aluvión de personas infectadas y medicalizadas a las que atender. A todo ello, se ha sumado una serie de cuestiones de tipo “inmaterial”: juicios de valor, fake news, manipulación mediática o discursos ideológicos aprovechando la situación de pánico que vivimos.

JUEGO POLÍTICO Y MONOPOLIO DE LA ACCIÓN PUNITIVA

Para analizar desde la perspectiva del pensamiento político la cuestión que aquí nos atañe, debemos entender la naturaleza y función del propio estado, ya que, partiendo de este punto, podremos comprender el porqué de la actuación política contra el Coronavirus y las reacciones que este puede causar.

Nuestra tesis en lo que sigue será la siguiente: ante una situación de emergencia tal que suponga el peligro de la integridad física de los ciudadanos de una comunidad, el planteamiento individualista y clásico del (neo)liberalismo² es, no ya un agravante de la situación, sino simplemente, imposible de llevar a efecto (como se está viendo en todos aquellos países cuya política, por muy pretendidamente liberal que sea, acaba ante esta clase de emergencias, resignándose a la acción punitiva y planificado del estado como organizador de la vida social de un país). Incluso uno de los máximos representantes del neoliberalismo español, el profesor Juan Ramón Rallo, se ha visto obligado por una cuestión de sentido común a reconocer como necesarias la imposición de medidas restrictivas por parte del estado español para frenar el inexorable avance del virus (Cfr. M. Monforte, Público, 11-03-2020).

El concepto de estado se ha convertido en un “concepto universal”, sin el cual es imposible entender la realidad política occidental a partir del 1800; este concepto central no ha sufrido apenas cambios desde principios del siglo XIX,

2 No es baladí la distinción entre el *liberalismo clásico* y el *neoliberalismo*, por lo que procuraremos especificar, debido a las diferencias entre ambos planteamientos, los momentos en los que nos referimos a uno y a otro.

si bien es cierto que el constante contexto de cambio del mundo capitalista hace que se produzcan desfases entre la propia realidad histórica y los conceptos a través de los cuales nos acercamos y comprendemos dicha realidad (Cfr. R. Koselleck, 2012: 35 y ss.). El concepto de estado, como acabamos de afirmar, se ha convertido en una de las ideas más importantes en lo que a teoría política se refiere; esta idea en cuanto a su contenido, varía en referencia a la ideología que teorice sobre dicha cuestión, de tal forma que la concepción del estado manejada por el liberalismo difiere en enorme medida de la del marxismo, por poner los dos ejemplos que seguramente representen los dos extremos del espectro político occidental. Dicho sea de paso, la propia noción e incluso la existencia operatoria del estado se ha empezado a poner en duda desde hace ya décadas, defendiendo algo así como la disolución de lo que antes entendíamos por ello, en favor de un orden mundial cuya tónica dominante sería una especie de globalización a la que plegarse de manera alegre, celebrando la disolución de las “barreras” que separan a los pueblos, aunque de manera crítica se podría enfocar este discurso como una anulación de los elementos diferenciadores de unas comunidades políticas respecto a otras, en una maraña informe que, como no podía ser de otra manera, se ve hegemonizada de facto por la cultura y los valores del estado que en este tiempo histórico domina el orden económico y político: Estados Unidos; de ahí que no sea forzado plantear los derivados de tal teoría de la mundialización por un mito (Cfr. P. Bourdieu, 1999: 43-63).

Los sistemas democráticos occidentales, se enfrentan a una de las mayores crisis de la historia reciente, de cuyos ecos, como señalamos, no podremos ser conscientes hasta dentro de algún tiempo, momento en el cual conoceremos si los derechos y libertades de los que gozábamos antes del desastre serán recuperadas total o parcialmente. Dicha crisis está poniendo contra las cuerdas a un gran número de gobiernos de diferentes países, muy señaladamente en aquellas zonas del mundo más desarrolladas, sirviendo también como señal de diferentes aporías intrínsecas a los propios sistemas de gobierno en los que más estragos está causando el COVID-19:

“Es curioso que la democracia haya sido, y no sólo irónicamente, el único sistema político de la Historia de la Humanidad (permítasenos hablar tan noblemente...) que haya recluido y encarcelado, al unísono –en sus propias casas, y por tiempo indefinido– a todos los seres humanos del Planeta. Es más curioso, y aún irónico, que esa misma democracia posmodernizada, supuestamente para enfren-tarse a este virus, haya tenido que dejar de ser de golpe de-mocrática. Este de golpe debemos leerlo y oírlo en cursiva.”
(J. G. Maestro, 2020: 3).

Una concepción clásica de la manera de entender la cues-tión bajo las coordenadas liberales es la expuesta por Weber, entendiendo que, *“el Estado moderno tiene actualmente el monopolio de la violencia y sólo existe violencia legítima en la medida en que el ordenamiento estatal lo permita u orde-ne”* (J. Abellán, 2004: 31 [citando directamente a Weber en *Wirtschaft und Gesellschaft*, página 29 de la edición original alemana]); así, el estado sería, básicamente, la institución que tiene la capacidad de “suministrar” de manera legítima la fuerza. Ante un estado de excepción (o más bien *alarma*), el estado es el dispensario principal de poder coercitivo, reprimiendo en referencia a sus intereses los derechos indivi-duales de los ciudadanos que componen dicho estado, pu-diendo reprimir la tan reivindicada libertad individual del (defendida en muchas ocasiones de manera sensacionalista y moralizante; Cfr. K. Marx, 2008), que por otra parte no tendría sentido si no es en referencia a una comunidad po-lítica. El estado, lejos de ser simplemente el organismo que limita las libertades de sus integrantes, sería el aparato que garantiza el ejercicio de tales derechos, en tanto que, en una situación de naturaleza preestatal a la lockeana, no tendrí-a-mos ninguna instancia que garantizase tales libertades (en su caso, la propiedad privada), o a la que recurrir en caso de que algún otro las violentase.

Curiosamente esta concepción eminentemente opresiva del estado no se encuentra tan alejada de la idea marxista que, desde 1917 se manejó en la URRS: el estado como un estadio previo y necesario a la supresión de las clases social-es y del mismo, en tanto que este vendría a ser un aparato de

represión de una clase sobre otra para, de manera violenta, mantener el orden de cosas existente, respondiendo a fines programáticos e ideológicos, por lo que la genealogía del propio estado, independientemente de su posición política, sería coercitiva (Cfr. LENIN V.I., 1986).

Ante una situación límite como la del coronavirus, y en vistas de la imposibilidad por parte del individuo de responder a intereses colectivos, el estado se ve impelido a tomar medidas restrictivas que, por cierto, en cierta manera atentan contra los derechos humanos; podemos observar también la condición de estos derechos, que sobre el papel estructuran la vida social de aquellos países en los que se aplica (para más inri, supuestamente estos son de carácter universal), pero que de facto son poco más que papel mojado, algo que desde la misma génesis de la teoría del derecho de corte burgués se ha realizado desde muy diversos campos como un desfase entre aquello que, teóricamente rige la vida social de los estados (la igualdad ante la ley, la separación de poderes, la independencia jurídica etcétera), y cómo en realidad estos actúan y ponen en práctica dicha teoría, revestida de una bella retórica y apoyada a través de otras formas de alienación (según la sociología y antropología marxiana³) como puede ser la propia religión, estableciendo un interesante nexo entre esta y la propia teoría del derecho:

“La eliminación de la religión como ilusoria felicidad del pueblo, es la condición para su felicidad real. [...] La tarea de la historia, por lo tanto, es establecer la verdad del acá, después que haya sido disipada la verdad del allá. Ante todo, el deber de la filosofía, que está al servicio de la historia, es el de desenmascarar la aniquilación de la persona humana en su aspecto profano, luego de haber sido desenmascarada la forma sagrada de la negación de la persona humana. La crítica del cielo se cambia así en la

3 Al igual que hacíamos con los términos *liberal* y *neoliberal*, estableceremos una diferenciación entre *marxista* y *marxiano*, la segunda categoría en referencia al pensamiento que, en rigor, expresó Karl Marx en su extensa obra, mientras que la segunda se referirá a la interpretación posterior (muchas veces desacertada) de esta.

crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho, la crítica de la teología en la crítica de la política” (K. Marx, 1968: 8-9).

El gobierno español ha puesto en práctica una serie de medidas, siguiendo el ejemplo de Italia, que se han ido sucediendo al pie de la letra del país mediterráneo; ante estas medidas y la manera de la sociedad española de llevarlas a efecto se han pronunciado, desde el principio, una multitud de voces críticas tanto con las medidas de Sánchez como con la actitud del pueblo español, adoleciendo la falta de responsabilidad y rapidez por parte de ambos, siendo la opinión mayoritaria la idea de que las medias del ejecutivo han sido, igual que la actuación de los españoles, completamente irresponsables. Este juicio somero ha virado ya hacia posiciones ideológicas: se ataca o defiende al gobierno de Sánchez por unas medias que llegan tarde y mal, o bien se loa su acción como suficientemente competente teniendo en cuenta la dificultad añadida de hacer frente a una pandemia; o bien en cuanto al comportamiento de los españoles, se califica de individualista e irresponsable, o en el otro extremo, se aprovecha para, de manera exagerada, señalar los puntos positivos de nuestra forma de comportarnos.

La referencia con la que hemos iniciado este texto se enfrenta a la concepción liberal del juego político, encarnada en las ideas de Weber. Así, para Schmitt, lo político se entiende en referencia a la distinción amigo-enemigo, siendo la identificación del amigo (colectivo en el que estamos arraigados y compartimos una serie de ítems que nos hacen pertenecer a este grupúsculo y no a otro) frente a la del enemigo (aquel que amenaza nuestra propia existencia y que se contrapone al amigo), la dialéctica fundamental de lo político, algo que queda completamente anulado con el parlamentarismo actual, en el que la diferencia que acabamos de señalar es suplantada por el adversario: el parlamento representa la clausura de lo política, plagada por los parlamentarios, una “raza de discutidores”, como señala el filósofo extremeño Donoso Cortes (Cfr. C. Schmitt, 2009: 49-58). Esta crítica de la política actual como pura charlatanería tiene una vigencia actual sorprendente, cuyas contradicciones

podemos observar a la hora de dejar a un lado la pura actividad discursiva y pasar a la actividad política como acción y decisión, en la que, efectivamente, el soberano decide sobre el estado de excepción (o como en este caso, estado de alarma). Esta concepción del soberano schmittiana está relacionada con la cuestión del sujeto de la soberanía, encargado de aplicar un orden concreto (decisión, como en este caso, por una emergencia pandémica), sobre un orden general (teoría jurídica); así podemos observar cómo en situaciones de importancia extrema como la que vivimos estos días, es necesario poner entre paréntesis abiertamente el orden general en pro de decisiones concretas, que se enfrentan o anulan dicho orden. Lo interesante de estas situaciones atípicas es observar cómo, efectivamente, en las democracias neoliberales el cumplimiento de lo estipulado en las diferentes constituciones se cumple de manera velada y formal (en otras palabras, no tiene aplicación real más allá de los discursos parlamentarios); mientras que en las tesituras a las que nos estamos refiriendo, la situación normal de un país se ve paralizada y su constitución queda anulada a expensas del desarrollo de los acontecimientos.

Siguiendo al filósofo alemán, podríamos señalar la aporía que representa el que, como en la constitución española, los estados de excepción y alerta se vean regulados por el orden general (teoría jurídica): por definición, un estado de excepción trasciende las normas y no puede estar constreñidas a todo un aparataje burocrático en detrimento de medidas más eficaces y preventivas; esta idea de controlar incluso las situaciones incontrolables deriva de una concepción de la teoría del derecho liberal, en la que la constitución marcaría “las reglas del juego” (Cfr. M. Weber, 2008: 191-227); algo que, como hemos remarcado ya, tiene su origen en un pensador (poco reconocido a pesar de su importancia) de origen pacense, que proponiendo una línea de crítica que posteriormente tendría sus resonancias en la Alemania de principios del silo XX, criticando de igual manera tanto los planteamientos liberales como los socialistas:

“La adoración es una necesidad tan imperativa, que los socialistas siendo ateos y no pudiendo adorar a Dios, hacen

a los hombres dioses para adorar alguna cosa de alguna manera [...] la escuela liberal ha puesto la cuestión fuera de su verdadero punto de vista, con lo cual ha introducido la confusión y el desorden en las regiones intelectuales” (J.D. Cortés, 2006: 156 y ss).

DOS FORMAS IDEOLÓGICAS DE ENTENDER ESPAÑA.

Resulta muy interesante a nivel sociológico observar cómo los dos principales discursos en referencia a la acción de los españoles se pueden identificar con las dos principales ideologías en boga actualmente: la izquierda indefinida y socialdemócrata y la derecha chovinista (Cfr. G. Bueno, 2003: 255-299). La posición de la primera se resume en la condena de entrada de la actuación del pueblo español, relacionando la psicología de este con una leyenda negra centrada en la idea de que los españoles, en tanto que españoles, somos “más tontos” que, básicamente cualquier otro pueblo, así, la responsabilidad colectiva que con respecto a la cuestión del coronavirus profesan la mayoría de conciudadanos sería nula, loando (sin conocer la situación de aquellos países que comparan con el nuestro, ya que Alemania, país completamente mitificado, no está mucho mejor) la acción del pueblo chino o alemán, como si se tratase de un complejo de inferioridad con respecto a estos, cosa ridícula, ya que, por muy eficaz que haya sido la actuación del gobierno y del pueblo chino para controlar esta epidemia, esto se ha llevado a cabo mediante medias coercitivas por las que aquí, en España, nos llevaríamos las manos a la cabeza (cosa que, por muy necesaria que pueda resultar circunstancialmente, sería tachada de totalitaria por los mismos que demonizan al pueblo español); por no hablar de las colas en los supermercados y la histeria colectiva en Alemania, que no merece la mistificación que desde España tenemos, en general, hacia el pueblo bávaro. Frente a este acrítico rechazo debido a una supuesta estupidez endémica, nos encontramos con una mistificación que llega hasta el paroxismo por parte de aquellos que no ven contradicción en sacar la bandera y el himno, reivindicando (merecidamente) la actuación del personal sanitario, pero callando a la hora de señalar la raíz

de un problema que atañe a la incapacidad del sistema sanitario de hacer frente a una epidemia de tal calado, la ecuación es fácil: si tuviésemos el doble de inversión en sanidad, personal humano e infraestructura, y la mitad de hospitales y centros privados, el problema del colapso de nuestro sistema sanitario sería mucho menos acuciante; la estructura de todo un sistema sanitario y los medios materiales de este no se pueden reducir a la acción particular que cada sanitario, por mucho esmero y esfuerzo que este pueda llevar a cabo (el todo no se puede reducir a la suma de las partes que componen dicho todo).

Por otro lado, al tratar la problemática de lo ideológico y lo político en nexo con la crisis del coronavirus, no podemos dejar de difundir la opinión que, hace ya varias semanas, expresó uno de los filósofos e intelectuales más conocidos a nivel mundial, el esloveno Slavoj Žizek:

“La bien fundamentada necesidad médica de establecer cuarentenas hicieron eco en las presiones ideológicas para establecer límites claros y mantener en cuarentena a los enemigos que representan una amenaza a nuestra identidad. Pero tal vez otro -y más beneficioso- virus ideológico se expandirá y tal vez nos infecte: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá de la nación-estado, una sociedad que se actualice como solidaridad global y cooperación”
(S. Žizek, RT: 27-02-2020).

La literatura de marcado carácter filosófico que se ha ido publicando a partir del mes de marzo (teniendo como temática central el problema del coronavirus), ha sido abundantísima, enfocando la problemática desde muy diversos ámbitos: desde los análisis de corte marxista de David Harvey hasta las reivindicaciones identitarias de Paul B. Preciado, pasando por el monográfico dedicado en la revista española *El Catoblepas* (nº 191) a la pandemia. Dentro de la ristra de publicaciones en relación al coronavirus, haremos especial mención al texto de Žizek, *Pandemic!* La puntualización referente a este “texto de batalla” viene motivada debido

primero a su enorme difusión e impacto, así como al hecho de que lo recaudado en concepto de derechos de autor a través de la mencionada obra, será donado a Médicos sin fronteras. Las dos tesis generales que mantiene el texto se pueden resumir en los dos fragmentos (de especial interés el segundo) que vamos a citar y a puntualizar posteriormente:

I: “Sí, hay un trabajo arduo y agotador para muchos de los que se enfrentan a los efectos de la pandemia, pero es un trabajo importante en beneficio de la comunidad, que acarrea su propia satisfacción, no el estúpido esfuerzo de intentar triunfar en el mercado. Cuando un trabajador sanitario acaba totalmente exhausto después de trabajar muchísimas horas, cuando un cuidador ya no puede más por culpa de su exigente trabajo, sufren un cansancio muy distinto de aquellos obsesionados por hacer avanzar su carrera. Es un cansancio que vale la pena”
(S. Zizek, 2020, pp. 34-35).

II: “Ahí es donde aparece mi idea de “comunismo” [muy distinta a la noción tradicional de comunismo], no como un sueño inconcreto, sino simplemente como el nombre de lo que ya está sucediendo [...] medidas que ya se están contemplando, e incluso haciendo entrar en vigor parcialmente [...] “comunismo de desastre” como antídoto al “capitalismo del desastre”. El estado no solo debería asumir un papel mucho más activo, reorganizando la fabricación de los productos más necesarios [...] sino hacer todo esto abandonando el mecanismo de mercado. Solo hay que pensar en los millones de personas, como los que trabajan en la industria turística, cuyos trabajos, al menos en algunos casos se perderán y ya no tendrán sentido. Su destino no se puede dejar en manos de los mecanismos del mercado o de estímulos puntuales” (Ibidem, pp. 108-109).

El primer fragmento, Zizek pone el acento en la dimensión de los cuidados, tan necesarios durante una crisis sanitaria, estableciendo una marcada diferencia entre el cansancio de aquellos que se encuentran fatigados por atender a intereses

fútiles, propios de la “carrera profesional” relacionada con la lógica del mercado, y un tipo de cansancio que “merece la pena”, a saber, el de los médicos, enfermeras y demás personas que se dejan la piel por un beneficio común, por un bien que trasciende las diferencias étnicas o ideológicas y los intereses individuales. Por otra parte, el segundo de los textos que hemos escogido (a nuestro entender uno de los más esclarecedores de todo el libro), presenta la noción que el autor tiene de “comunismo”, señalando la necesidad imperiosa de re-pensar y disolver el orden de cosas existente en el capitalismo, planteando como única alternativa una concepción de comunismo más próxima a un comunitarismo socialdemócrata que a una “dictadura del proletariado” a la soviética (de tal necesidad da cuenta el décimo de los capítulos del libro, titulado ¡Comunismo o barbarie, así de simple!, recordando la célebre frase que se remonta hasta Friedrich Engels y que ha sido reivindicada de una u otra manera por numerosas figuras circundantes a la izquierda europea del siglo XX, desde Rosa Luxemburgo hasta J.F. Lyotard, pasando por Guy Debord). El proyecto político que Zizek defiende se basaría en una ruptura con la ideología competitiva neoliberal, así como con la lógica inherente al mercado y el desarrollo capitalistas, abogando por un cuidado mutuo entre los distintos países, con una serie de intereses comunes en los que primen la cooperación y la acción conjunta, cuyos fines descansen en la mejora de las condiciones de vida de los integrantes de tales países, así como la expansión de ideas cercanas a la fraternidad humanista y el desarrollo sostenible del planeta y los ecosistemas malparados por la desenfrenada producción capitalista.

La valoración general de la situación se podría resumir en las siguientes ideas: ante una pandemia de la clase que estamos sufriendo es muy difícil prever el desarrollo de los acontecimientos, por lo que hacer juicios de valor con carácter retroactivo es, cuanto menos, reprochable. En todo caso habrá que tener en cuenta las dificultades que hemos señalado anteriormente, ya que no es lícito plantear soluciones o medidas que, hoy por hoy y en la situación en la que nos encontramos, habrían resultado abusivas o exageradas hace tan solo unos días, ya que siguiendo ese

planteamiento, la única manera completamente efectiva de controlar la propagación del virus habría sido cerrar todas las fronteras y paralizar el país de manera total en el momento en el que este salió de China, para asegurar que no se extendiese por el resto del mundo, pero esa medida habría sido, lógicamente, calificada como exagerada por cualquiera, por lo que, a la hora de realizar juicios de valor sería interesante el tener en cuenta este punto, y dejar que los expertos en la materia tomen las medidas que, en calidad de especialistas, crean oportunas, teniendo en cuenta que, como humanos, se pueden equivocar, de ahí lo complicado de la situación. En todo caso la crítica debería ser mucho más profunda, no limitándola a ciertas medidas arbitrarias que pueden ser más o menos acertadas (y deben ser lógicamente problematizadas). Sería conveniente pensar en el porqué del colapso de la sanidad pública y de la precarización de los trabajadores que se ven obligados a afrontar largas y fatigosas jornadas de trabajo poniendo en juego su propia integridad física. Otro punto en el que hay que incidir es en la pluralidad de trabajadores que están en esta situación, ya que aunque los más expuestos a la enfermedad forman parte en rigor del personal sanitario, en los hospitales, locales y la propia calle hay también personal de limpieza, peluqueros, dependientas, cajeras, camioneros, camareras de piso y un largo etcétera de trabajadores que se ven obligados a mantenerse en sus puestos de trabajo para que no colapse el sistema, y aquellos que estamos exentos de esta clase de empleos podamos dedicarnos a quehaceres fútiles (como escribir reflexiones en torno a la situación que vivimos). A todo ello hay que sumar los masivos despidos que muchos obreros sufren, siendo esta dramática tesitura aprovechada por empresarios sin escrúpulos que, independientemente de que sus negocios registren o no pérdidas, deciden llevar a cabo un ERTE (suspensión de contrato y sueldo de carácter “temporal”); por lo que las consecuencias del coronavirus (aunque este no entienda de clases sociales en su propagación), afecta doblemente a los más humildes, a aquellos asalariados que dependen de un sueldo para poder pagar la hipoteca, el alquiler o para poder alimentar a sus hijos; no hay que olvidar que las voces más “alarmistas”

hablan de una recesión y una crisis económica de calado similar a la iniciada en 2008. Siendo un poco perspicaces, nos daremos cuenta de que efectivamente, los más afectados casi siempre (y esta no iba a ser una excepción) son los trabajadores y las clases populares, que tienen que jugarse su integridad para poder seguir asistiendo a sus trabajos ya que, por mucho que el rescate a la banca española llegue hasta la estratosférica cifra de los 60000 millones de euros, no tiene pinta de que esta misma banca (que se aprovechará de los impagos por parte de trabajadores despedidos en alquileres e hipotecas) vaya a hacer la mínima concesión, al igual que los beneficiados por esta situación, entre los que se pueden contar a las grandes cadenas de supermercados (que como Mercadona llevan a cabo su actividad al máximo sin reducir precios o aumentar el salario de sus empleados: las empresas privadas solo entienden de capital, y no de humanidad); por no hablar de las farmacéuticas, cuyos ingresos se contarán por millones desde el momento que se encuentre la vacuna contra el coronavirus, que a pesar del drama humano que estamos viviendo durante estas semanas, no tiene pinta de que dichas vacunas tengan un precio asequible para los estados que decidan (y esto es una obligación) suministrarlas a sus ciudadanos: la investigación científica se entiende, en el capitalismo, bajo las magnitudes del rendimiento económico, por lo que, aunque una enfermedad como la malaria (la más mortífera de la historia de la humanidad) cuente por millones de muertos tus estragos, como aquellos que la sufren mayoritariamente no tienen recursos para pagar las vacunas contra estas epidemias, las farmacéuticas simplemente hacen oídos sordos ante una enfermedad que causa millones de muertes en África ya que, no resulta rentable que estos millones de personas (pobres) se salven (Cfr. J.F. Lyotard, 1989: 85 y ss).

Por lo dicho hasta aquí, no podemos entender de manera aislada la situación en la que estamos ya que, como se puede observar, las consecuencias de esta pandemia tendrán un calado de carácter ideológico, político, económico y ético no visto desde hace décadas, que pondrá encima de la mesa una serie de problemas tales como la relación del estado y los intereses económicos, la incapacidad de los

planteamientos neoliberales de hacer frente a esta clase de situaciones, o la dialéctica entre los países que salgan más airoso y los que hayan sido más golpeados por el coronavirus (Cfr. P. Martínez Matías, 2019: 511-531). Esta pretensión de entender las cuestiones que articulan la vida social del mundo en el que vivimos de manera inclusiva y no aislante nos lleva a sostener el nexo que une la economía y la salud pública, siendo esta una de las cosas que explican la reticencia por parte de los gobiernos de las democracias occidentales a implantar medidas como las de China; el paralizar un país por completo nos lleva a parar también la economía, y esta depauperación económica nos avoca, como si de fichas de dominó se tratase, a no poder invertir en sanidad pública, en infraestructura y en investigación, por lo que, como señalábamos antes, no se deben llevar a cabo de manera tan apresurada ciertos juicios. Solo dentro de unos meses podremos ver las consecuencias de la crisis del coronavirus en ámbitos públicos como la educación, los servicios o la propia sanidad. Sería un error interpretar de manera utilitarista o economicista nuestros planteamientos, simplemente pretendemos señalar la relación entre la economía y la vida social; el análisis del neoliberalismo utilitarista lo iniciaremos a continuación, cuando presentemos la política que Reino Unido ha decidido llevar a cabo.

Por otra parte, el calificar la actuación del pueblo español de manera generalizada como inconsciente, por lo que hemos dicho, no es completamente correcto, y es que si desde el gobierno el mensaje que se transmitía era de tranquilidad, además de plantear el virus como similar a una gripe (algo que llevamos oyendo desde que apareció hace meses en China y que ya hemos comprobado que está muy lejos de la realidad), la población española no tenía la información suficiente que le impeliese a llevar a cabo medidas de aislamiento por propia voluntad, en todo caso el grueso de la culpa de esto lo tendrían las autoridades, y habría que tachar de irresponsables a estas, y no tanto al pueblo que, en la mayoría de casos, carecía de información fiable y cuyo conocimiento del virus venía únicamente de medios sensacionalistas que lejos de informar, se dedicaban a hacer negocio de manera sensacionalista con una cuestión de salud

pública, por lo que habría que analizar también el calado que los medios de comunicación pueden tener en una situación como en la que nos encontramos y desconfiar de estos: “la libertad de prensa llega hasta donde quiere el dueño de la imprenta” (Cfr. GIL J.C.,: 2004).

En definitiva, es más fácil criticar el comportamiento fundamentado en el desconocimiento de la mayoría de los españoles que profundizar y comprender los hechos que engendran tal comportamiento que, no se puede simplificar recurriendo a una supuesta psicología común nacional cuyo ADN está caracterizado por la irresponsabilidad. A esto hay que añadir también el hecho de que los médicos y profesionales que sí informaban de manera consecuente sobre el tema, tenían una idea de lo que era el virus que ha ido cambiando (y cambiará) conforme se desarrollen los acontecimientos. Debemos tener en cuenta el componente de imprevisibilidad que rodea a toda pandemia y que dificulta la capacidad de predecir cómo se desarrollaran los acontecimientos a los que esta afecta.

EL (NEO)LIBERALISMO ANTE LA SALUD PÚBLICA

El último punto que analizaremos es la manera de afrontar una crisis de esta naturaleza por parte del pensamiento neoliberal. Un buen ejemplo de las aporías que derivan de los planteamientos neoliberales se puede ver ante situaciones como la del coronavirus, que ponen en peligro la salud de millones de personas y requieren de manera necesaria de la intervención del estado para salvar la situación. Para ilustrar tal cuestión comenzaremos citando un pequeño párrafo que guarda una vigencia sorprendente, de obligada lectura para cualquier persona que quiera entender el funcionamiento de nuestro mundo:

“La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acontecimiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia”.
(K. Marx & F. Engels, 2013: 54).

En apenas tres líneas se ejemplifica como el régimen de producción capitalista, desarrollada a partir de una lógica perversa, mercantiliza aquello que no debería ser, en ningún supuesto, traducido a los parámetros de la rentabilidad económica y del mercado. Esta situación crea un contexto en el que, como bien señala el texto, la sanidad, el derecho, el arte, la religión o la ciencia son rebajados al mismo nivel que cualquier otra mercancía, entrando dentro de las lógicas del libre mercado y despojando de todo componente moral o “aúrico” (por decirlo con Walter Benjamin) aquellas cosas que, en rigor, nos diferencian de los animales y las máquinas. Pocas cosas resultan tan inhumanas y perversas como el entender en las mismas magnitudes monetarias una obra de arte, el sustento existencial de la religión, la educación o la propia investigación científica y el quehacer médico (del que depende la propia vida de las personas); este igualamiento entre lo genuinamente humano (el saber, el conocimiento, la expresión artística etcétera) y lo mundano (una silla, un coche o un teléfono, entendiendo estos como mercancías), es el causante de la depravación moral que sufrimos hoy día en nuestra sociedad (y no, como quieren hacer creer muchos, las oleadas de inmigrantes que vienen a nuestro país en busca de un porvenir mejor, huyendo de guerras causadas por el expolio y los intereses que nuestros propios países ejercen sobre sus territorios de origen). Estos problemas, se podría decir, no resultan tan esenciales en cuanto a lo que al arte, la educación o la filosofía se refieren (cosa que es del todo discutible); los problemas “serios” comienzan en el momento en que se plantea como una mercancía más, algo puramente económico y sujeto a valores de cambio y a rentabilidad económica, algo como la salud de millones de personas, dinámica dominante dentro del capitalismo, en el que todo es, si no de facto, potencialmente una mercancía.

Es de reseñar el hecho de que, por la insuficiencia que a nivel humano y de infraestructura, en Italia se han empezado a adoptar medidas de “medicina de guerra”: a todo aquel que debido a su edad (mayores de 80 años) o a un cuadro clínico desfavorable, no se le aplicará las medidas médicas necesarias para combatir la enfermedad en pro de aquel

que, por su condición, tenga más posibilidad de superar la enfermedad, en otras palabras, la insuficiencia del sistema sanitario y la mala gestión política se traduce en dejar morir, literalmente, a las personas. Este escenario dantesco podría ser el que vivamos en España en unas semanas, tal y como se desarrolla la situación. El gobierno español ha decidido intervenir ya una pequeña parte de la sanidad privada para hacer frente a la crisis, aunque de momento medidas que podrían agilizar la situación tales como el requisamiento de bienes de la Iglesia o la monarquía (a pesar de los escándalos que tímidamente están saliendo a la luz estos días, eclipsados por el coronavirus) ni siquiera se plantea.

La reacción del primer ministro británico ante el problema es un ejemplo claro de neoliberalismo político, en el que se antepone la economía a la propia vida de las personas. En este caso esperamos que Ortega esté equivocado ya que, si es esta la *“misión europea del pueblo inglés”* (J. Ortega y Gasset, 2002: 234) el futuro del viejo continente posiblemente acabe en la catástrofe.

Boris Johnson ha adoptado una posición controvertida y contraria al resto de países afectados por el COVID-19 (y al propio sentido común). El primer ministro británico ha optado por no tomar prácticamente medidas de restricción en las islas, poniendo en práctica el *laissez faire* siguiente la siguiente lógica: los contagios por este virus son inevitables, y por ello no tiene sentido paralizar completamente la economía, algo que tendría consecuencias aún más adversas. La idea del presidente británico es sacrificar (casi literalmente) a miles de personas en favor de la salud económica del país, intentando retrasar el pico de contagios lo máximo posible (se prevé que dentro de dos meses), cuando el sistema sanitario y la propia población estén preparados, bajo una deshumanizada lógica desde la que “los estados nacionales están minados desde fuera por las fuerzas financieras” (P. Bourdieu, 1999: 58). Vemos además como el virus al afectar a ancianos e impedidos o personas con patologías previas (población no activa), este contexto serviría incluso como revulsivo de la economía británica. La lógica es completamente dantesca, prueba más que suficiente de

cómo bajo el tardocapitalismo neoliberal, en lo referente a la ciencia, la pregunta por la verdad (que históricamente ha vertebrado el proceder científico y filosófico) se ha sustituido sin miramientos por la pregunta por la rentabilidad: la lógica de la ciencia capitalista ha tornado la reflexión en torno a ¿tal proposición es verdadera? por ¿tal proposición y lo que deriva de ella sirve para algo? Estas líneas pueden servir para señalar las contradicciones en las que incurre la pretendida ciencia postmoderna:

*“Lo que ya no tiene vigencia no es preguntarse lo que es verdadero y lo que es falso, es representarse la ciencia como positivista, y condenada a este conocimiento sin legitimar, a este semi-saber que le atribuían los idealistas alemanes. La pregunta: ¿De qué sirve tu argumento, de qué sirve tu prueba? Forma de tal modo parte de la pragmática del saber científico que asegura la metamorfosis del destinatario del argumento y de la prueba en cuestión, en destinador de un nuevo argumento y de una nueva prueba y, por tanto, la renovación a la vez de los discursos y de las generaciones científicas. **La ciencia se desarrolla, y nadie contesta que se desarrolla desarrollando esta pregunta. Y esta pregunta en sí misma, al desarrollarse, conduce a la pregunta, es decir, a la metapregunta o pregunta de la legitimación: ¿De qué sirve tu “de qué sirve”?**”*
(J.F. Lyotard, 1989: 100).

El precio de salvar miles de vidas que, en este caso, repercutiría como hemos señalado antes, también en la salud pública en forma de disminución de los servicios públicos o la investigación, es mucho más importante para la mayoría de ciudadanos, no así para planteamiento neoliberales, fundamentada en una tergiversación del principio de la maximización de la utilidad y del bien común (MILL J.S., 2007: 81-93). La base filosófica del neoliberalismo se resumiría en este planteamiento consecuencialista, eliminando su dimensión moral y mezclándolo con la separación entre la política y la ética de carácter maquiavélico (Cfr. N. Maquiavelo, 2010). Sólo a través de esta extraña combinación se puede entender

las medidas llevadas a cabo por el primer ministro británico, y en general, por parte de muchos países en los que la acción política está completamente plegada a la economía; o por decirlo en términos más específicamente marxianos, al gran capital.

CONCLUSIÓN

Acabaremos el presente artículo con una sugerente pregunta:

“¿Y si sólo fuera, en realidad, la puesta en práctica de una utopía: el neoliberalismo, convertida de ese modo en programa político, pero una utopía que, con la ayuda de la teoría económica en la que se ampara, llega a pensarse como la descripción científica de lo real?”

(P. Bourdieu, 1999: 136).

Entenderemos el pensamiento neoliberal remitiendo al concepto de ideología, como falseamiento de la realidad en favor de un discurso beneficioso para aquellos que detentan el poder económico y político, en detrimento de clases subalternas que, por la acción de tales aparatos ideologizantes, asumen un discurso que, de facto, no les es beneficioso. Por poner un ejemplo en la línea del estudio que hemos seguido, se podría mencionar el caso de las personas pertenecientes a las capas más humildes de nuestra sociedad, que se oponen a cuestiones como el aumento en cobertura social, referente a materias de vital importancia, tales como la sanidad (en el contexto del coronavirus), o la educación (con el aumento de los presupuestos destinados a becas universitarias); una respuesta a esta (en principio) contradictoria⁴ en base a la aceptación de la dominación por parte del dominado, sería la que acabamos de desarrollar, ya clásica desde las coordenadas marxistas.

De lo expuesto en esta reflexión se deriva la imposibilidad fáctica de cualquier sistema en el que la utopía neoliberal

⁴ Otra original manera de abordar estos interrogantes se puede encontrar en: GARCIA LINERA, A. & ERREJÓN, I: *Qué horizonte. Hegemonía, Estado y revolución democrática*, Madrid, Lengua de Trapo, en especial pp. 58 y ss.

se lleve hasta las últimas consecuencias (en este caso, cierta forma de anarcocapitalismo), a saber, un contexto exento de estado en el que los individuos, por su propio interés, llevan a cabo de manera “libre” su acción. En caso de ser llevada a la práctica, esta situación sería completamente indeseable ya que, sin un poder que se erija por encima de los individuos para constreñir sus intereses y acción particular en pro del bien común, una tesitura como en la que estamos inmersos, la crisis del coronavirus, acabaría en un escenario casi postapocalíptico, por lo cual, los diferentes gobiernos se verán impelidos a plantear una hoja de ruta a través de la cual salir de la manera más airosa posible del kafkiano contexto al que nos ha llevado, por una parte algo difícilmente de controlar por parte del hombre, una pandemia de magnitudes nunca vistas antes en nuestra historia reciente, y por otra parte, algo que el hombre si puede controlar y organizar de manera más profunda, la propia economía y la organización política de nuestro mundo. Dar una respuesta mínimamente suficiente para esta situación es tremendamente complicado, si bien no es apresurado decir que tal solución debe pasar, de manera necesaria, por la “construir un orden social que no tenga como ley exclusiva la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual del beneficio, y que deje lugar a unos colectivos orientados hacia la búsqueda racional de fines colectivamente elaborados y aprobados” (P. Bourdieu, 1999: 149).

Así, volviendo al principio de nuestra reflexión, por muy peyorativamente que se pueda entender la función del estado como una actividad esencialmente coactiva y represora de los intereses de los individuos que lo componen, es una función necesaria, e incluso salvífica en los días que vivimos, marcados por una crisis sanitaria actual, y un inminente colapso económico, agudizados ambos por políticas económicas orientadas al beneficio privado, con consecuencias que se orientan hacia la polarización y la desigualdad social, en lugar de una acción con metas públicas, que miren al desarrollo sostenible de la producción y al mejoramiento de las condiciones de vida de las personas.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J (2004): *Poder y política en Max Weber*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- BOURDIEU, P (1999): «El mito de la «mundialización» y el estado social europeo», en *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P (1999): «El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada», en *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona, Anagrama.
- BUENO, G (2003): *El mito de la izquierda*, Barcelona, Ediciones B.
- CORTES, J.D. (2006): *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Granada, Editorial Comares.
- GARCÍA LINERA, A. & ERREJÓN I. (2019): *Qué horizonte. Hegemonía, Estado y revolución democrática*, Madrid, Lengua de Trapo.
- GIL, J.C. (2004): «Marx y la prensa: elementos para una crítica de la comunicación», *Redes*, nº1, pp. 169-180.
- KOSELLECK, R (2012): *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta.
- LENIN, V.I. (1986): *El estado y la revolución*, Madrid, Planeta Agostini.
- LYOTARD, J.F. (1989): *La condición postmoderna*, Madrid, Catedra.
- MAESTRO G., J (2020): «Democracia, religión y nacionalismo: Ante la pandemia del coronavirus», *El Catoblepas*, nº 91, p. 4.
- MARTÍNEZ MATÍAS, P. (2019): «La cuestión política en el capitalismo neoliberal global», *Res Publica. Revista De Historia De Las Ideas Políticas*, 22(2), 511-531

- MARX, K & ENGELS, F (2013): *Manifiesto comunista*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.
- MARX, K (2008): «La crítica moralizante o la moral critica» (ed. Rubén Jaramillo), en *Escritos de juventud sobre el derecho, 1837-1847*, Anthropos, Madrid.
- MARX, K (1968): *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, en G.W.F. HEGEL: *Filosofía del derecho*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- MAQUIAVELO, N (2010): *El príncipe*, Madrid, Alianza.
- MILL, J.S. (2007): *El utilitarismo*, Madrid, Alianza.
- MONFORTE, M [en línea]: “Las contradicciones del liberalismo: cuando “papá Estado” tiene que intervenir”, *Público*, 2020. <https://www.publico.es/politica/coronavirus-contradicciones-liberalismo-crisis-coronavirus-papa-intervenir.html> [consulta: 13 marzo 2020].
- ORTEGA Y GASSET, J (2002): *La rebelión de las masas*, Madrid, El País.
- SCHMITT, C (2009): *Teología política*, Madrid, Trotta.
- WEBER, M (2008): «Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada», en *Escritos políticos* (ed. Joaquín Abellán), Madrid, Alianza.
- ZIZEK, S (2020): *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo*, Barcelona, Anagrama.
- ZIZEK, S [en línea]: “Coronavirus is ‘Kill Bill’-esque blow to capitalism and could lead to reinvention of communism”, *RT*, 2020. <https://www.rt.com/op-ed/481831-coronavirus-kill-bill-capitalism-communism/> [consulta: 3 marzo 2020].